

Iglesia de los Salesianos de Úbeda

El día 24 de mayo casualmente veo por la calle la procesión de María Auxiliadora en Úbeda. El sacerdote salesiano que la preside es un viejo conocido: D. Felipe Acosta. Era el director del colegio cuando ingresé interno. Catorce años, septiembre de 1975. Aquel curso fue mi profesor de religión y el curso siguiente ya no estaría, fue trasladado a otro colegio. El recuerdo de D. Felipe siempre fue extraordinario. No sabía que hubiera vuelto a Úbeda. Me propuse ir a saludarlo algún día. Sé, por experiencia propia, que es imposible recordar a los miles de alumnos que han pasado por las aulas. Mi fisonomía no tiene nada que ver ya con la de aquel adolescente de clase que un día fui.

Para mí fue una alegría volver a saludarlo, pero el motivo de estas letras no es recordar a una persona por la que siento admiración, sino el reencuentro con un magnífico edificio: la iglesia de los salesianos. Mientras esperé que terminara la misa volví a recordar la última vez que estuve en esa iglesia. Era julio de 1989. Recordé también las veces que por indicación de D. Felipe había hecho las lecturas en la misa de los domingos. Era un auténtico reto para mi natural timidez hacerlo, pero peor era pensar en mostrarle a D. Felipe el azoramiento que suponía para mí. Los recuerdos tienen un lugar. No son importantes, pero tampoco superfluos. Forjan la personalidad de cada uno de nosotros.

De los recuerdos pasé a mirar otra vez la iglesia como si fuera de nuevas. Valorar sus proporciones, su luz, su simbología. Si ya de joven me había parecido hermosa, ahora me parece de una belleza casi incomparable. Mis conocimientos de arte son muy pobres, pero creo que con el tiempo esta iglesia formará parte del patrimonio ubetense y será reconocida por todos. Me llamó la atención su horizontalidad, lejos de la verticalidad del gótico. El espacio diáfano de todo el recinto: ninguna columna o pilar donde sustentarse. Ya sé que los materiales de construcción de ahora pueden ser muy ligeros, pero sorprende la ausencia de sustento interior. Todo un alarde de arquitectura. Si la sujeción descansa en los muros que hacen el contorno, podríamos esperar de ellos robustez pero ni siquiera eso, los muros laterales están acristalados dándole una ligereza y colorido, que recuerdan algunas capillas góticas. La luz del altar cae natural por la claraboya dando la sensación de una iluminación artificial o sobrenatural. Pero ni lo uno, ni lo otro. Por no extenderme más finalizo con el retablo. Me parece un tanto arriesgado conjugar escultura con azulejos, sin embargo, el resultado es armonioso. La talla es soberbia y las figuras nos recuerdan las del románico. Incluso la curvatura del muro invita al bienestar al tener la sensación de ser bien acogido. Lo cóncavo es por naturaleza un receptáculo.

De la simbología.... de la simbología hablaremos quizá otro día. Si

puedes pásate por esta iglesia, que algún día, estoy convencido, será incluida en las rutas artísticas de la ciudad.

A. G^o Santiago